

# Amigos de Dios y profetas

## Carta del Abad General para la Navidad de 2016



Queridos Hermanos y Hermanas Cistercienses,

Junto con la Carta de Navidad me alegro siempre de tener la posibilidad de hacerme cercano a cada lugar en el que os encontráis, en el momento de comenzar un nuevo año litúrgico, y revivir la alegría porque Dios se ha hecho hombre y ha venido a caminar con nosotros en el tiempo. Recibid la felicitación y el agradecimiento que no puedo expresar personalmente, excepto con la oración, con ocasión de las próximas fiestas. La Navidad nos anuncia que todo lo que vivimos de alegre o doloroso ya se nos ha concedido vivirlo con Jesús, teniendo experiencia de su amor, de su verdad, de su belleza, y en Él, del amor, de la verdad y belleza del Padre en la comunión del Espíritu Santo. Es cierto que también en este año hemos tenido signos de la presencia del Señor. Incluso en medio de tantas tragedias y heridas sangrantes de la historia del mundo, de cada

comunidad y persona, nadie es abandonado por Dios, que no solo se ha hecho hombre, sino que ha querido sufrir, morir y resucitar para estar siempre con nosotros. Y cuando tenemos verdaderamente experiencia de que Él está con nosotros, no podemos dejar de percibir su deseo de estar con todos, de llegar y acoger a cada hombre, a cada corazón, sobre todo a aquellos que están más solos, abandonados y que más sufren.

### **Momentos de comunión**

Tampoco este año nos han faltado momentos de comunión que nos llegan de agradecimiento. Después del encuentro extraordinariamente fraterno del Capítulo General de 2015, que no debemos olvidar, unos 50 superiores y superiores de la Orden han renovado esta experiencia durante el Curso para los Superiores del mes de Julio. La fraternidad, la *lectio divina* compartida, la escucha de quien nos ha transmitido su propia experiencia y sabiduría, y el diálogo constructivo entre personas tan diferentes en sensibilidad, edad, cultura, nos han confirmado una vez más en la sorpresa de cuánto nos une una vocación común más que cualquier otra cosa. Y la vocación común es, ante todo

la de seguir a Jesucristo, la de escuchar su Palabra, la de acoger de Él la gracia de ser hijos del Padre y, por lo tanto, hermanos y hermanas de todos. Este año además hemos sido ayudados por toda la Iglesia, bajo la guía estimulante del Papa Francisco, a comprender mejor que todo esto es experiencia de la misericordia de Dios. Tanto con los superiores reunidos para el Curso, como después con los jóvenes monjes y monjas del Curso de Formación Monástica, hemos profundizado en el tema y en la experiencia de la misericordia, incluyendo gestos comunes de peregrinación, atravesando juntos la Puerta Santa del Jubileo. Para mí ha sido significativo el hecho de que la primera Puerta Santa que he podido atravesar este año no fue la de una basílica romana, sino la de un gran santuario mariano en Vietnam, durante el trascurso de mi visita de cinco semanas a todos nuestros monasterios.

Pienso que este Jubileo ha sido para todos una ocasión de renovada experiencia de la misericordia, que seguramente deja trazos en nuestra conciencia, pero espero que también en nuestra vocación y misión, y en las relaciones fraternas en la comunidad y con todos los que nos relacionamos.

### **De la misericordia nace la amistad de Dios**

Quisiera subrayar en esta carta un aspecto de la experiencia de la misericordia de Dios que pienso debería ayudarnos a continuar un camino, tal como el Santo Padre lo desea para toda la Iglesia (cfr. Carta Apostólica *Misericordia et misera*).

¿Qué nos queda por vivir después de haber hecho experiencia de la misericordia?

Pensemos en el Evangelio. ¿Qué vivió Mateo después de que Jesús lo llamó mirándolo con misericordia? ¿Qué vivió Zaqueo después que Jesús quiso entrar en su casa? ¿Qué vivió la Magdalena después de haber sido liberada de siete demonios? ¿Qué vivió Dimas, el “buen ladrón”, después que Jesús le prometió el paraíso? ¿Qué vivió Pedro después del perdón de su negación? ¿Y san Pablo? ¿Y san Agustín? ¿Y san Francisco? ¿Y todos aquellos que de una forma u otra tuvieron experiencia de la misericordia de Dios al encontrarse con Jesús: ¿qué sucedió después?

En el fondo, la respuesta es sencilla: vivieron la amistad con Cristo. La experiencia de la misericordia suscitó una relación de amistad con Jesús. O, mejor: la experiencia de la misericordia continua en ellos como relación de amistad. Para ellos, la amistad con Cristo, experimentada como misericordia, como mirada de amor que perdona y redime, se convierte en camino, se convierte en la forma y la sustancia de su vocación, del seguimiento de Jesús, y se convierte también en misión, la misión de su vida: han vivido para esto, con el deseo y el empeño de vivir esta amistad, de testimoniarla, de comunicar a todos esta experiencia, esta gracia.

En el fondo, la Iglesia ha nacido y crece así, como una experiencia de amistad de Cristo y en Cristo que siempre se renueva y se comunica a todos. La amistad con Cristo es la sustancia de la Iglesia, de la santidad. La amistad con Cristo es la felicidad de los redimidos.

Pero ¿en qué consiste la amistad de Cristo?

Ante todo es amistad con Dios. Y Dios es Dios, es decir, omnipotente, eterno, misericordioso. La amistad con Dios es verdadera si genera una vida determinada por la fe como confianza en Él. Una amistad constante, porque Dios es eterno y siempre presente. Una amistad que da paz, porque Dios es bueno y providente. Una amistad que no teme, porque Dios es omnipotente. Una amistad abierta a todos, universal, porque el amor de Dios es para todos. Una amistad misericordiosa, porque Dios es misericordioso. Una amistad que nos hace crecer, que nos hace responsables, porque Dios crea y ama nuestra libertad y quiere ser amado libremente.

### **No vender la pobreza**

Pero veamos que con frecuencia carecemos de estas características de la amistad con Dios en Cristo, que no las poseemos de forma estable, que las perdemos ante las pruebas de la vida, o las olvidamos cuando todo va bien. También nosotros, como Pedro, renegamos a menudo de esta amistad y, a veces, como Judas, la traicionamos por poco dinero, para ganar valores efímeros, bienes que pasan o, sencillamente, porque nuestro proyecto, nuestro orgullo, nuestro tiempo, nuestra comodidad, nuestros talentos, nuestra vanidad, son de hecho más importantes para nosotros que la comunión con Jesús.

Una frase un poco misteriosa de un sermón de san Bernardo me hace reflexionar mucho: “¡Ay de nosotros si nos alegráramos de lo que no es en Cristo y por Cristo! ¡Ay de nosotros si ofreciéramos una pobreza que todavía se puede vender! – *Vae nobis si exsultaverimus, nisi in Christo et pro Christo! Vae nobis, si vendibilem obtulerimus paupertatem!*” (*De diversis* 21,3).

Es característico de la amistad encontrar alegría en el otro, exultar por el amigo, así como María, amiga de Dios por excelencia, exulta en Dios su Salvador (cfr. Lc 1,47), o como Juan Bautista, “amigo del Esposo”, exulta de alegría a su voz, y testimonia que esta alegría suya es plena (cfr. Jn 3,29). Si no encontramos alegría plena en Cristo, no somos sus amigos. Y la pobreza, el dejar todo por Él, se convierte en una mentira si de nuestras renunciaciones esperamos “ganar” otra cosa que Jesús mismo, que su amistad. Es esta pobreza total que ha elegido san Pablo: “Considero que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura con tal de ganar a Cristo” (Fil 3,8).

Todos tenemos dentro la tendencia a “vender” nuestra pobreza, nuestra renuncia por Cristo, para ganar otras cosas que Cristo mismo. Incluso los apóstoles, que aunque lo dejaron todo rápidamente para seguirlo, después querían “ganar” ser los más grandes, o que Jesús manifestase su potencia para afirmarse políticamente. Sin embargo, Jesús nos quiere dar “sólo” a Sí mismo, como lo vemos en el pesebre de Belén o en la Cruz.

Pero la vida no nos da tregua, nos pone siempre a prueba. También nuestro corazón nos pone siempre a prueba, nos pide cuenta de nuestra felicidad, de nuestra satisfacción, de la plenitud que creemos vivir. La vida nos pregunta siempre: “¿Estás seguro que eres feliz,

que estás satisfecho, en paz, sin la amistad vivida con el Señor? ¿Estás seguro de ser feliz buscando aún ganar algo que no sea Cristo, cuando has elegido vivir y profesar una pobreza que debería anunciar a todos que vives solo para Él, para una alegría que se halla solo en Él?”. Porque esta es la amistad de Cristo: un tesoro, una perla, por los que se puede carecer de todo porque se tiene todo en Él.

No tenemos que escandalizarnos demasiado por nuestras traiciones a la preferencia de Cristo. Para el Señor, todas nuestras infidelidades son ocasiones siempre renovadas para hacernos experimentar con estupor y gratitud de qué forma Él sigue siéndonos fiel, y de qué manera la ofrenda gratuita de su amistad no disminuye. Jesús no se cansará jamás de estar a la puerta llamando para entrar y vivir la amistad con nosotros, incluso si tardamos en abrirle, incluso si lo hemos “echado fuera” por negligencia para hacer entrar a otros invitados, o para transformar la mesa de nuestro corazón y de nuestra vida en un restaurante de lujo donde se come pagando, donde acogemos clientes en lugar de amigos, en lugar de a Él... Jesús no se cansa de estar a la puerta llamando, pobre peregrino que no tiene otra cosa que ofrecernos que su amistad.

### **La ascesis de la amistad**

Así pues, comprendemos que la amistad con Cristo no se puede vivir instintivamente de un modo sentimental: necesita de un empeño, de un trabajo, de una ascesis. La gracia es gratuita, pero de la gratuidad de Dios nace un trabajo para corresponder a ella, para abrirnos a ella. La amistad con Cristo ha de ejercitarse si queremos que crezca, ha de ser elegida y preferida, si queremos que llene nuestra vida y nuestro corazón más que ninguna otra cosa.

¿Por qué no entender toda la Regla de san Benito como una escuela o taller de amistad con Cristo y en Cristo? ¿No es quizá esto lo que nos sugiere san Benito al final del Prólogo? “Pero a medida que se avanza en el camino de la vida monástica [*conversationis*] y de la fe, se corre sobre los mandamientos del Señor con el corazón ensanchado por la dulzura inefable del amor” (Pról. 49).

Esta es una definición dinámica de la amistad con Dios: un camino, una carrera, en el ardor de un amor que desde el corazón abarca toda la vida, vivida en la verdad y bondad que Dios desea de nosotros revelándonos su voluntad y dándonos su Palabra y su Espíritu.

Pero esto es fruto de la fidelidad a un camino en la *conversatio* monástica, es decir, de un camino acompañado por una comunidad así como la Iglesia y nuestro carisma nos lo ofrecen. Lo importante es no vivir el camino que nos ofrece la Iglesia, y cada comunidad en particular, para vivir de algo o por otra cosa que no sea la amistad de Cristo. En la amistad de Cristo se puede vivir todo, y todo es ensanchado, valorizado y unificado si lo vivimos en la amistad de Cristo; pero nada debe sustituir a este tesoro en el centro de nuestra vida. San Benito nos advierte que “no antepongamos nada al amor de Cristo”, porque solo Él “nos conduce a todos juntos a la vida eterna”, a la plenitud de la vida (RB 4,21 y 72,12).

La comunidad se nos da para esto, para cultivar prioritariamente entre los hermanos y hermanas esta amistad que es fuente de vida eterna en el tiempo cotidiano. Y el campo fundamental de este trabajo comunitario son las relaciones en la comunidad. Una comunidad es cristiana y, por lo tanto, es también monástica, si la búsqueda de amistad fraterna tiende a crecer en la experiencia de la amistad con el Señor.

Todo está encerrado y condensado en las palabras de Jesús durante la última Cena: “Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer” (Jn 15,12-15).

La amistad de Cristo, elegida y cultivada en la obediencia a su deseo de que haya amistad fraterna entre nosotros, nos abre al conocimiento de todo lo que el Hijo escucha del Padre en la comunión del Espíritu. No existe una experiencia humana y mística más grande, más importante y exaltante, porque esto significa que el amor fraterno en la amistad de Cristo nos hace partícipes de la Vida trinitaria de Dios.

¿Cultivamos esto entre nosotros, en nuestras comunidades? ¿Cultivamos esto entre las comunidades de la Orden y entre los superiores, que con frecuencia se agotan en la soledad y en la angustia ante sus responsabilidades? ¿Ofrecemos esta experiencia a quien queremos formar para nuestra vocación, o a todos los que de una u otra forma están unidos a nuestra comunidad y experiencia? ¿Irradiamos esto en la Iglesia, a quien vive en primera línea la tarea de la misión, del testimonio en el mundo, en la vida familiar, en el trabajo, en la tarea social y política? ¿Ofrecemos esto al mundo sin amor, lacerado por tantas divisiones y violencias, turbado por tantos terrores?

## **La profecía de la amistad de Cristo**

El Papa Francisco no cesa de llamarnos a todos, y en particular a los religiosos, a vivir su misión profética en el mundo de hoy. Este propósito me hace meditar mucho en un versículo del Libro de la Sabiduría:

“Aun siendo sola [la sabiduría], lo puede todo;  
sin salir de sí misma, renueva el universo;  
en todas las edades, entrando en las almas santas,  
forma en ellas amigos de Dios y profetas.” (Sab 7,27)

Ser profetas significa expresar a Dios, confesar a Dios ante el mundo. El profeta es testigo de lo que Dios le da a conocer y experimentar de modo que a su vez el mundo lo pueda conocer y experimentar. La verdadera profecía del cristiano es el testimonio de una experiencia. Nuestra profecía nace toda ella de la experiencia de la misericordia, de la experiencia del encuentro con Jesús que nos acoge y perdona con su amistad. Así pues, nuestra profecía coincide con la gracia de ser amigos de Dios, amigos de Cristo: “A vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer”

(Jn 15,15). En la amistad de Cristo experimentamos todo lo que el Padre dice al Hijo, y que el Hijo nos dice a nosotros para que nosotros demos testimonio de ello al mundo entero: “Para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí” (Jn 17,21-23).

Toda comunidad, desde la primera comunidad de Jerusalén, ha sido querida por Dios y vive en el mundo, incluso desde la clausura de un monasterio, para ser profecía de la Trinidad, de la Comunión de Amor, es decir, de Amistad, que está en Dios y que en Cristo nos ha involucrado para poder involucrar a toda la humanidad. Precisamente es uno de nuestros padres cistercienses, san Elredo de Rieval, el que ha osado sugerir, parafraseando a san Juan, que “Dios mismo es amistad” (cfr. *La amistad espiritual*, I,69-70).

Sin embargo, la profecía no se da de por sí. Es gracia, pero estamos llamados a corresponder a la elección gratuita de Dios. Y esto comienza por vivir nosotros mismos la experiencia que estamos llamados a testimoniar, porque de otro modo seríamos testigos falsos y vacíos.

Si Dios nos ha elegido para ser profetas de la amistad con Él, la fidelidad a nuestra vocación y misión implica que nos concentremos verdadera y prioritariamente en la experiencia de la amistad con Cristo. Repito que es san Benito quien nos pide ya esto, y el carisma de Cîteaux consiste precisamente en concentrarse sobre esta experiencia. La comunidad se nos da para esto, y por esto no hay comunidad si no hay una ayuda recíproca para profundizar en la amistad con Cristo, en la caridad fraterna, en la oración común sencilla y bella, en el humilde servicio recíproco, en el diálogo en el que escuchamos juntos al Espíritu Santo y al Verbo de Dios, en la obediencia en la que nos dejamos acompañar por los superiores y por los hermanos para seguir a Jesús de cerca, es decir, como amigos y no solo como siervos o soldados. El silencio, el de verdad, es también una ayuda que podemos ofrecernos para oír el leve y respetuoso llamar de Cristo a la puerta de nuestro corazón, de nuestra vida, de la comunidad, llamada siempre a acoger al Amigo que viene, bajo todas las formas de su divina y humana Presencia.

¡En esta Santa Navidad, pidamos al Espíritu renovar en nosotros, en toda la Orden, la gracia y la misión de ser amigos y profetas de Cristo el Señor!

¡Gracias por la profecía de vuestra amistad!

A handwritten signature in blue ink, reading "Fr. Mauro-Giuseppe Lepori". The signature is fluid and cursive, with a long horizontal stroke at the end.

*Fr. Mauro-Giuseppe Lepori*  
*Abad General OCist*